

Consideraciones sobre la violencia

por el Académico de Número

Excmo. Sr. D. PRIMITIVO DE LA QUINTANA LÓPEZ (*)

La violencia abarca una dimensión tan grande de la vida humana y de la historia política y social que se hace difícil someterla a un estudio sistemático dentro de unas dimensiones reducidas, como necesariamente ha de ser aquí tratado. La violencia lanza un reto a la civilización y a la cultura y, sin embargo, forma parte indiscernible de ellas, que son las que elevan al hombre por encima del estado de naturaleza; pero al mismo tiempo, la violencia puede hacerlo regresar al nivel de pulsiones e instintos no controlados, al tiempo que contribuye a establecer estados de alienación y de disminución de la autoconciencia. Contradictoriamente, puede ser ejercida por grupos organizados con la intención de destruir o alterar el orden político-social existente, o por el poder del Estado en la defensa de un orden determinado y del principio de autoridad más o menos legitimado.

Lingüísticamente, la violencia como fenómeno deriva del latín *violentia*, que significa en realidad «vehemencia», aludiendo a actos apasionados y opuestos al ejercicio de los mismos como poder calculado o reflexivo. Históricamente, la violencia como vehemencia alude más a actos personales o de grupos pequeños, como brote espontáneo de incitaciones de tipo colérico; porque cuando la violencia adquiere dimensiones enormes, como en las guerras con su sentido destructivo, puede engendrar no obstante la creación de nuevas formas de configuración social y política. Tal era la admiración de Aristóteles por su discípulo Alejandro, que se fundaba, a pesar de la gran distancia existente en las ideas que los separaban, en la capacidad de éste y de su impulso político para crear unión de pueblos dentro de un nuevo orden, si bien afirma en su *Política*, que es un profundo error no tener la continencia necesaria para evitar las destrucciones inútiles.

(*) Sesión del día 17 de febrero de 1987.

La convicción de los límites de la violencia en el sentido político, sin negar la necesidad de su ejercicio por el poder del Estado, está en Maquiavelo. Vivió la complicada situación florentina que oscilaba entre una gran temor a la violencia y un empleo apasionado de la misma en las luchas internas. En *El Príncipe*, hace desaparecer la teoría política de la violencia *como pasión* para considerarla como un instrumento bien medido de la aplicación de la fuerza, que requeriría un estudio detenido, calculado y frío. Propugna, en resumen, una «economía de la violencia», ajustando su aplicación a aquellas situaciones precisas que lo requieran. La necesidad de establecer límites de la violencia aparece clara en el pensamiento cristiano cuando trata de establecer una distinción entre guerras justas e injustas.

Considerando el problema de la violencia a niveles distintos de manera más concreta y en parte más generalizada, es indudable que anda en la calle convirtiéndose en los últimos decenios en una obsesión para el ciudadano normal y corriente que la vive y la padece unas veces como agresión o amenaza y la intuye otras como una tempestad futura que cierra con tonos sombríos el horizonte de la esperanza. El hombre se siente alienado del mundo de las grandes decisiones y prevé como inexorable un futuro apocalíptico. El pensador que medita sobre el futuro y analiza con tesón y lucidez creciente la situación del hombre de nuestro tiempo, toma conciencia de la necesidad de decidir sobre el tipo de comportamientos determinados frente a los problemas presentes y mediante la previsión de los futuros para tratar de ofrecer un porvenir algo menos pesimista. Ello exige un proceso lento e irregular con manifestaciones muy distintas condicionadas a la civilización y a las distintas culturas de los pueblos, intentando perfeccionarlas con un sentido cada vez más universal y más verdaderamente humano.

En el problema de la violencia, civilización y cultura no juegan el mismo papel. La civilización está construida sobre el desarrollo tecnológico, con materiales más tangibles, capaces de crear no ya un dominio sobre la naturaleza de tipo fáustico, sino un mundo complejo en que el hombre corre el riesgo de deshumanizarse y de perder el sentido de su propia responsabilidad frente a la necesidad de crear un mundo moral. La cultura es precisamente la que puede dar sentido a este mundo con la esperanza de que el hombre tenga a su vez el suficiente sentido de su trascendencia. La cultura ha de ir entramada en las fibras más sensibles del espíritu humano. La civilización del hombre fáustico, dominador de la naturaleza y manipulador de energías recónditas, necesita estar siempre inspirada en una cultura humanista trascendente, que no renuncie a establecer prioridades definitivas dentro de la escala de valores propiamente humanos.

La civilización objetiviza al hombre y nos crea el problema de considerar que lo que es bueno para el desarrollo científico (el principio de objetividad) puede ser malo cuando consideramos que la cultura en cierto modo es la manifestación de la conciencia de los sujetos que, precisamente, la civilización tiende a oprimir. Con

frecuencia hay una desconexión entre la cultura y la vida y esto en sí es origen de violencia. Onimus (1), al estudiar las tensiones y distorsiones del humanismo contemporáneo, piensa que la cultura tiene como misión impregnar de humanidad, «suavizar y atemperar lo que la civilización tiene siempre de profundamente brutal e inhumana». La violencia ha sido sofocada y superada en muchos momentos de la historia por la cultura que le ofrecía su tiempo. El citado autor cree haber descubierto una violencia esencial y oscuramente sentida inscrita en la economía misma del problema.

La cultura viva, que es en gran parte expresión espontánea del hombre de nuestro tiempo, se muestra en muchas de sus formas diametralmente opuesta a la cultura tradicional y se configuró en gran parte como protesta a ella y contra las condiciones que impone la razón técnica. Brota en gran medida en los campus universitarios entre los años 50-60. Sus valores están en conflicto directo con la gran sociedad en que se desarrollan, con la que contiene de tal forma que, como ya hemos citado en alguna otra ocasión, la tolerancia mutua se hace muy difícil y se acompaña de un pesimismo violento y destructivo. Es cultivada por determinados grupos y se encaja en el concepto de cultura *alternativa* o sociedad alternativa que se manifiesta en fases de desarrollo más avanzadas de fenómenos contraculturales, que apuntan hacia perspectivas revolucionarias, pero no violentas, sino entendidas en un sentido creador de estructuras sociales y culturales alternativas que coexisten con las del sistema general en vigor. Por mecanismos contradictorios, esta cultura ha nacido de la indignación de cierto orden que es percibido en realidad como un desorden. Es el origen de la contracultura, que ha contribuido de manera importante desde ciertas zonas sociales a despertar la violencia y la cólera contra el presente. Es un importante brote de agresividad que condena la razón, la moral y reniega de la condición humana en su totalidad. La nueva cultura busca los valores que estima más abandonados por la civilización, destacando en primer lugar la comunicación. La cultura, en último extremo, tiende siempre a profundizar en el destino del hombre. Se siente violenta y se aterroriza con frecuencia de la violencia que despierta. Puede ser destructiva, pero también es creadora. De ahí el problema planteado sobre la violencia, que puede ser considerada como *crisis* o como *catarsis*. Pero antes de penetrar en esto y otros aspectos, debemos hacer algunas digresiones sobre en qué consiste el fenómeno de la violencia.

Las dificultades de penetrar en la naturaleza de este fenómeno comienzan con los intentos de definición. Claro que comenzar por la definición es una técnica más bien docente elemental, salvo que nos elevemos a un lenguaje filosófico de categorías. La definición es demasiado comprometida para desarrollar un análisis amplio de cualquier fenómeno complejo, máxime cuando del que pretendemos ocuparnos

(1) ONIMUS, J.: «Tensiones y distorsiones en el humanismo contemporáneo». En: *La violencia en el mundo actual*, Ed. Sígueme, Salamanca, 1972.

afecta, por una parte, a diversos problemas sociales, y por otra, a la personalidad humana en su totalidad y, en consecuencia, a numerosos aspectos de la vida colectiva y de la privada. La violencia nos la encontramos en las casas y en las calles, en la familia, en los pequeños grupos y en las masas. Es un fenómeno resultante del comportamiento humano, que aparece en muchos aspectos como constitutivo de la humana naturaleza.

Bigéard (2), en su corta introducción a la colección de trozos literarios de grandes escritores, significativos de distintas versiones o aspectos de la violencia, tales como Mishima Yukio, Dostoiewski, Marx, Kafka, Malaparte, Camus, Sartre y otros, se atreve tímidamente a formular una definición que él califica como de extrema simplicidad. La violencia reside, según él, «en la intención de hacer una víctima y a fortiori en la realización de esta intención». La voluntad agresiva puede ser puramente verbal o esquematizada en el gesto, producto de un estado emocional que referido a la persona puede ser esporádico o reiterativo: así se hablará de un carácter violento, sentimientos violentos en que la voluntad agresiva puede incluso revolverse contra el propio sujeto que se hace violencia a sí mismo y que puede ser la actitud que conduce al suicidio. Pero la tendencia agresiva comportando el deseo de hacer una víctima está siempre presente y, añade Bigéard, «las pulsiones crueles, la cólera, son siempre una manera de ver o imaginar a otro incluso en la soledad, ya que la víctima deseada no siempre tiene una existencia real». En el fondo existe en la violencia un sentimiento individual o colectivo de dominación, que también puede ser convertido en acción colectiva o individual. En el aspecto de una relación personal tiene mucho que ver con los complejos sadomasoquistas.

Las palabras agresión y violencia se suelen utilizar indistintamente a pesar de que teniendo aspectos comunes aparecen diferenciados en su análisis. La agresividad es el instinto que impregna la vida de los seres vivientes animales, incluido el hombre. De ahí la tendencia a buscar las raíces biológicas de la violencia en los mecanismos de la agresividad, cosa importante y necesaria pero que tiene el peligro indudable de conducir a un reduccionismo simplificador, en virtud del cual se olvida con facilidad las diferencias enormes que separan las relaciones inter- o intraespecíficas de aquellos animales que viven en determinados equilibrios ecológicos, como es el de construir colonias en las agregaciones más elementales o de establecer relaciones de predación con otras especies, frente a la complejidad de las sociedades humanas en que la dinámica y constitución de grupos obedece a mecanismos diferentes en los que interviene de una manera o de otra la conciencia humana que impregna las motivaciones e incluso determinados impulsos instintuales.

La violencia ocupa toda la historia del hombre desde los grupos primitivos hasta nuestras actuales sociedades urbanas. Ya en el Génesis aparece la primera violencia

(2) BIGÉARD, J. M.: «La violence». Libr. Larousse. Paris, 1974.

dramática con el asesinato de Abel por Caín. Pero el sentido instintual de la violencia como agresividad va retrocediendo frente a la aparición de nuevas formas que obligan a pensar que se trata de un producto, de una *secreción de la sociedad*, especialmente de las sociedades más complejas y evolucionadas.

Es lógico que existan tendencias distintas en la explicación del fenómeno que nos ocupa. Unos grupos piensan en una supervivencia de la agresividad del hombre primitivo, que en ningún caso sería el salvaje inocente roussoniano, en cierto modo paradisiaco, sino el tipo de salvaje que existe aún en algunas tribus actuales, como en la de los indios kaingang, en la que según Hartogs (3) el ejercicio de la violencia mutua y de las venganzas continuadas conduce a una situación de verdadero suicidio social. De otra parte, la experiencia histórica nos señala el enorme impacto de los procesos del desarrollo tecnológico y las configuraciones culturales que producen los condicionamiento sociales y dan ocasión a los distintos tipos de violencia en los que resurge en muchos momentos no sólo la pura violencia salvaje, sino niveles de crueldad que la superan.

El hombre moderno y el hombre primitivo serían más o menos lo mismo, dice Bigeard a este respecto; y las características que los separan son las resultantes de la evolución cultural en cuanto a la vigencia de valores y creencias.

Agresividad y violencia no pueden ser consideradas, repetimos, como equivalentes, aunque la fina textura que las une hace difícil una separación absoluta de los conceptos que, en realidad, corresponden a dos puntos de vista distintos: uno bioantropológico y otro social.

La agresividad forma parte en cierto modo del repertorio de pulsiones que manifiestan nuestra analogía con el reino animal. La agresión se incuba y se desarrolla acompañada de cambios fisiológicos relacionados con los mecanismos que regulan los estados emocionales. Pero está clara la interposición de una serie de inhibiciones y la presencia de la mente humana para intercalar acciones y controles de tal forma que, como decía Sanford (4) en 1961, no puede considerarse la inherente agresividad del hombre como un factor que haga inevitable, por ejemplo, las guerras, que representan estados de máxima violencia.

La agresividad es un estado mental muy relacionado, por una parte, con constituciones caracterológicas y, por otra, con la acción del mundo exterior y con las evoluciones situacionales del mismo. Es considerada por muchos autores como un estado mental *reactivo* al temor y la frustración; probablemente relacionado con el

(3) HARTOGS, R., y ARTZT, E.: «Violence, causes and solutions», Dell Published Co. Inc., New York, 1970.

(4) SANFORD, F. H.: «Psychology. A Scientific Study of man», Wads Worth Publishing Co. Inc., 1961.

proceso de conseguir la propia identidad. Es por consiguiente muy importante tomar en consideración el medio en que se desarrolla el individuo.

La violencia es algo que rebasa, aunque incluye, el concepto de agresividad. Es un fenómeno social que se produce a distintos niveles, desde el personal a los pequeños grupos como la familia y centros de trabajo, pasando por otros medianos y grandes, hasta llegar a la universalidad de los conflictos y tensiones mundiales. De una parte es un problema personal inserto y condicionado por la cultura y la civilización en que se desarrolla, y de otra es un problema que afecta a la totalidad de la vida social y de la convivencia humana.

Hace algunos años, a partir de los estudios y contribuciones de Moncheaux y Veness (5) se lanzó el término «hostilidad», que fue encontrado útil también por Arnold Buss (6), si bien con matices y sentido distintos. La hostilidad es una actitud y significa que una respuesta, por ejemplo, puede ser hostil sin ser agresiva y ser mantenida en una secreta intimidad. Existe la hostilidad autista, que es una actitud persistente que afecta fundamentalmente a la comunicación que queda interrumpida y que da lugar a un tipo de patología, que a su vez puede influenciar de manera importante el funcionamiento normal de los grupos pequeños.

Lo anterior no implica que la hostilidad no pueda convertirse y ser origen de agresión, y tiene especial significación en la capacidad de cohesión de un grupo. A medida que los grupos adquieren mayor dimensión, van teniendo repercusión distinta los fenómenos de hostilidad, aunque sí tienen gran importancia en la creación del ambiente colectivo, que se produce a otros niveles y que están condicionados de manera distinta por la configuración global de la sociedad.

Existen infinidad de tipos de violencia a los que iremos aludiendo en el curso de este trabajo; desde la violencia psicológica que se ejerce en distintos grados y magnitudes, que parte fundamentalmente de la acción de los mass-media, hasta la que se ejerce brutalmente sobre las personas con los pretendidos lavados de cerebro de trágica actualidad en determinados regímenes políticos o en los secuestros del terrorismo internacional. El sentimiento de inseguridad y el miedo constituyen un componente importante que despierta sentimientos de agresividad o dramáticas actitudes de sumisión. De ello nos ocuparemos más adelante.

La utilización del término hostilidad, considerado como actitud, permite matizar todo un proceso interior del hombre que puede conducir a la agresión, pero que también puede permanecer escondido sin pasar al acto. El comportamiento hostil humano tiene importancia; no es desencadenante de una acción, pero sí puede sugerir determinado tipo de comportamiento de una víctima y desencadenarla con carácter

(5) MONCHEAUX, C. y VENESS, T.: «La hostilidad en pequeños grupos». En: *Historia natural de la agresión*, Siglo XXI, 4.ª edición España, México, Argentina, etc. 1977.

(6) BUSS, A.: «The Psychology of Aggression», Ed. Wiley. New York/London, 1961.

mucho más grave cuando el sujeto está impregnado de hostilidad. El comportamiento hostil puede acompañar a las relaciones más íntimas, incluso, según Veness, puede darse una relación simbiótica en la que la hostilidad mutua se originaría en la autoafirmación, para luego convertirse en medio indispensable de expresión de las entidades en las que se establece este tipo de relación: cada uno se sentiría perdido sin el objeto que le produce resentimiento. La hostilidad puede conducir a un ataque con agresión, pero también a una actitud de retiro y apartamiento con interrupción grave de la comunicación, transformándose en actitudes interiores permanentes, como es el caso de la hostilidad autista, manifestación suprema de la ausencia de comunicación.

Los estudios de la relación entre hostilidad y agresión se han realizado con más frecuencia en grupos pequeños y medianos y en las relaciones de convivencia personal que pueden afectar a familiares, a grupos de amigos y a relaciones de trabajo. Pero en el estudio de la agresividad y de la violencia en el hombre y en los grupos humanos no podemos prescindir del concepto de «niveles de organización». No podremos establecer causalidades lineales, pero las raíces biológicas de todo fenómeno humano deben ser investigadas en un intento de conducir un discurso lógico en la ordenación de procesos. Los átomos, que constituyen la materia animada, son los mismos que constituyen los seres vivos, pero las relaciones entre ellos al constituir un nivel superior de organización en las moléculas y al integrarse éstas en un substrato más complejo, se produce un nuevo orden con un nuevo tipo de intercambio energético: se alcanza un nuevo estado de equilibrio en el seno de un nuevo intercambio que tiene ya características de ordenación propia y diferente. La célula, con sus mitocondrias y otros organúnculos constituye una máquina química, en cierto modo autónoma, regulada por el nivel de organización que la engloba y con el que intercambia información suficiente. Así llegamos al individuo que alcanza el nivel de organización de la especie y que en el caso del hombre se integrará en grupos pequeños como la familia o el centro de trabajo, y ulteriormente en grupos sociales más amplios como la tribu, la étnia, la ciudad, la nación o los organismos supranacionales.

El gran problema del tratamiento científico objetivo en las ciencias de la naturaleza y también en la antroposociología, consiste en decidir hasta qué punto se centran los estudios en un determinado nivel de organización y se toma conciencia de la existencia de otros muchos niveles con él relacionados, que de momento no se abarcan, pero que existen, igualmente reales e integrantes de una más amplia realidad compleja y unitaria. El proceso de complejificación como base de todo proceso evolutivo, tan bien analizado por Egmond Morin (7), nos pone frente a una cantidad de factores variables que intervienen en él, exigiendo una profunda toma de conciencia para no extraviarse en niveles distintos. Así el fisiólogo estudiará un órgano o un sis-

(7) MORIN, E.: «Ciencia con conciencia», Anthropos Editorial del Hombre. Barcelona, 1982.

tema. El etólogo estudiará en el animal y en el hombre el comportamiento, bien aislado o en su situación social, determinando sus variables específicas.

De todas formas, para comprender la dinámica del conjunto de las estructuras vivas, es en definitiva más importante precisar las relaciones que existen entre cada nivel de organización, que precisar la estructura de uno de estos niveles. Laborit (8) distingue en la noción de información una *información-estructura* y una *información-circulante*. La primera es la que se establece para cada nivel de organización desde el átomo a la especie. La información circulante es la que se transmite de un nivel de organización a otro y permite la coherencia de los sistemas. Es la que transforma un regulador en servomecanismo. Según el autor citado, por ejemplo, el sistema nervioso mediante las neurohormonas o neuromediadores hace posible reunir las diferentes células y tejidos de un organismo en un sistema de integración central, el sistema nervioso, y hacer de él un todo coherente que dispone de su finalidad propia: la de conservar la estructura del conjunto.

La agresión y la violencia han sido referidas a problemas biológicos y sociobiológicos. A partir de Darwin y del concepto de selección natural, se justifica en la naturaleza el valor para la supervivencia en una continua lucha libre, y así es interpretada por muchos autores la violencia a la luz de su origen animal, pero la agresión intraespecífica humana se diferencia fundamentalmente de la animal por el decisivo poder de la cultura en el desarrollo de sus pautas de comportamiento, que superan las de procedencia genética.

Es cierto que la violencia acompaña al hombre desde los albores de su presencia en la tierra, e incluso Hartogs nos recuerda que nuestros ancestros biológicos, el keniapithecus, parece ser inventó un martillo rudimentario para romper cráneos y fracturar huesos. El arqueólogo Leakey, citado por el anterior, afirma que dicho predecesor del hombre suplementó su dieta con cerebros y médulas animales. Así, el primer útil o herramienta que utilizó un homínido fue un arma. El hombre aumentó sus útiles y también la variedad de sus víctimas, incluidas entre ellas el propio hombre. El canibalismo fue una práctica extendida y se cita como ejemplo de cólera y violencia destructiva la descripción que hace un rey asirio en unas tablas de arcilla, realizadas alrededor del siglo XI a. C. En ellas manifiesta sus furias guerreras terriblemente implacables: «Yo trituro los cadáveres de los guerreros y hago que su sangre corra por todos los barrancos y las plazas... Corto sus cabezas y las apilo en los muros de sus ciudades como montones de trigo.» Sabido es que los asirios pasaron a la historia por su ferocidad y el trato cruel y mutilador que daban a sus prisioneros.

En la naturaleza los carnívoros son matadores de animales. Normalmente ello se produce por la existencia de relaciones predatorias en que las víctimas constitu-

(8) LABORIT, H.: «La paloma asesinada. Acerca de la violencia colectiva». Ed. Laia. Barcelona, 1986.

yen el material alimenticio fundamental del predador. Pero los etólogos, como Lorenz, insisten que el hombre es un matador distinto de los otros. Es el único fraticida fuera de las relaciones predatorias. El animal defiende su territorio, el macho lucha por la consecución de la hembra, pero las relaciones intraespecificas hacen frecuentemente de la agresión actos ritualizados. Permiten la huida o dan por terminada la lucha cuando la posible víctima le muestra, en señal de rendimiento sus partes más vulnerables. Los combates tienen mucho de amago y amenaza, pero raramente llegan a la aniquilación de la víctima. El hombre tarda siglos en llegar a darse la mano para demostrar que en ella no porta el arma homicida.

Por otra parte, el mismo Lorenz, que nos ha familiarizado con el concepto de ritualización de la agresión, apoya el pensamiento de Freud de la escasa distancia entre el amor y el odio. Destaca el hecho de que en el reino animal el apego no se manifiesta más que en aquellas especies que son agresivas, y en el hombre la agresividad presenta también pautas rituales que tienen un sentido a veces de amenaza, pero que pueden evitar el desarrollo final del acto agresivo y la lucha. Lorenz (9), como humanista, rechaza en cierto modo la inevitable normalidad de la violencia del hombre y cree, sin embargo, necesario investigar la cadena de su causación natural. Cree, por una parte, en una peligrosa deshumanización del hombre, y, por otra, cree en la humanidad. El hombre, sin embargo, está en una crisis evolutiva. Tiene los instintos agresivos del animal, pero no las suficientes inhibiciones que se manifiestan más claramente en algunos comportamientos animales. Piensa que es necesario vigilar el desarrollo de la cultura en el sentido de hacer progresar estas inhibiciones sociales mediante un esfuerzo de racionalidad y una superación del relativismo moral, tratando de aumentar los sentimientos de solidaridad y de amor que son aún demasiado débiles. «Todos los grandes peligros amenazadores que pueden conducir a una extinción de la humanidad son consecuencia directa de un pensamiento conceptual y de discursos verbales.» «El desarrollo cultural de la humanidad avanza cada vez más aprisa y la velocidad de la evolución genética es nula comparada con ella.»

Para Lorenz, el decidir si la evolución de la vida orgánica proseguirá aquí y ahora hacia arriba o hacia abajo, ha pasado a ser una responsabilidad del hombre. Sólo a través de comportamientos controlados se puede llegar a conclusiones optimistas. El amor y la fraternidad podrían abrazar a toda la humanidad amando a nuestros hermanos indiscriminadamente. Así Lorenz cree, por una parte, en el poder de la selección natural, pero también en el poder de la razón humana, considerando que el dilema que el hombre tiene planteado es resultado de una crisis evolutiva en virtud de la cual permanece aún deficiente en inhibiciones, razón, moralidad y amor. No obstante, él funda su optimismo en el Gran Constructor (evolución personificada) y en el extraordinario poder que concede a la razón humana.

(9) LORENZ, K.: «Decadencia de lo humano». Ed. Plaza & Janés, Barcelona, 1985.

Koestler, cree igualmente en una crisis evolucionaria y dice: «Parece altamente probable que el homo sapiens es un aborto de la naturaleza resultante de algún error notable en el proceso evolucionario.» Lo explica como una condición patológica resultante de una carencia de integración entre el paleo-córtex y el neo-córtex. No tiene precedentes que la evolución proveyera a una especie con un órgano que no sabe cómo usar. Como se vé, la opinión de Koestler no puede ser más pesimista. Un poco ingenuamente nos queda la esperanza de descubrir alguna sustancia que sea capaz de conjuntar los dos cerebros.

El autor antes citado parece prescindir en parte de la complejidad de la formación de las percepciones conscientes. Las conexiones con el área receptora primaria del neo-córtex se efectúan tras diversos relés del sistema límbico y sólo en parte pasa por el tálamo. Las conexiones olfativas son muy diferentes de los sistemas somestésicos, visual y auditivo, donde las conexiones se realizan en primer lugar en el neo-córtex y tras diversos relés llegan al sistema límbico.

Las percepciones conscientes derivadas de alguna entrada sensorial común, sufren modificaciones en virtud de sentimientos, emociones y tendencias apetitivas. Hay una parte del cerebro que se ha desarrollado a partir del cerebro olfativo y que posee funciones únicas, estando especialmente implicado en la experiencia emocional y en el almacenamiento de la memoria. Se conoce actualmente con el nombre de sistema límbico un ensamblaje muy complejo de estructuras que aún no son bien comprendidas, tanto estructural como funcionalmente. Incluye áreas primitivas en el córtex cerebral, el hipocampo y la circunvalación asociada del hipocampo. Además de estas áreas del córtex primitivo están los núcleos asociados, como la amígdala y los núcleos septal, el hipotálamo y las conexiones particulares de todo el sistema fornix. Existen enlaces complejísimos con el lóbulo prefrontal en intercambio permanente de impulsos en una especie de interacción circular. Así, mediante la corteza prefrontal el sujeto es capaz de ejercer una influencia de control sobre las emociones generales en el sistema límbico con transferencias transmodales a otros sentidos.

Cuando Koestler nos habla de una posible carencia de integración entre el paleo-córtex y el neo-córtex, no alude a lo que ha venido a demostrarnos la existencia del posible desajuste entre los dos hemisferios cerebrales derecho e izquierdo, que ha sido puesto de manifiesto por Sperry en los comienzos del año 70 (68-73) al seccionar el cuerpo caloso que separa y une ambos hemisferios. Se ha señalado el dominio unilateral del hemisferio izquierdo sobre el derecho. El primero, se ha venido considerando como el hemisferio dominante en el caso de personas diestras y a la inversa en el caso del zurdo. El hemisferio dominante izquierdo tendría una profunda conexión con la palabra y con la autoconciencia, sería más ideativo y percibiría mejor las semejanzas conceptuales y tendría una capacidad mayor de discernimiento matemático y computador.

En el hemisferio menor, o sea el derecho en las personas normales, no existiría conexión importante con la conciencia y tendría menos importancia en la palabra. Sería preponderante en las percepciones musicales, en el sentido pictórico y de formas; en la percepción de semejanzas visuales y en los problemas de síntesis a lo largo del tiempo, con una mayor comprensión holística de las imágenes y finalmente sería más geométrico y espacial.

Euber, ha señalado que la idea del dominio unilateral del hemisferio izquierdo sobre el derecho en el hombre está en parte sustituyendo a la idea de especialización complementaria. Sin embargo Eccles (10) prefiere seguir empleando la terminología de dominante/menor, dado que cree que el dominio hemisférico está claramente establecido por la conexión con las funciones del lenguaje y la autoconciencia.

Sperry (11), afirma que el hemisferio dominante es predominantemente simbólico y proposicional en su función, poseyendo una especialización en el lenguaje con capacidades sintácticas, semánticas, matemáticas y lógicas.

Volviendo al comienzo de la disgresión neurológica con que acabamos de desviarnos del tema principal, recordemos que se había afirmado una desviación evolucionaria que justificaría para Koestler la violencia. Al reproducir los conocimientos que preceden, hemos de afirmar que los primates no humanos no muestran trazas de asimetría funcional alguna. A lo largo de la evolución humana la especialización de los hemisferios debe haberse desarrollado, según afirma Eccles, en respuesta a las exigencias únicas hechas por el lenguaje o quizás por el desarrollo de las capacidades exclusivas de reconocimiento de formas y problemas espaciales, como por ejemplo en la construcción y utilización de instrumentos. Toda esta complejidad del lenguaje tiene la mayor importancia desde el punto de vista cognitivo para el pensamiento, la imaginación y los procesos de almacenamiento y recuperación de memoria. Según Levy, en el desarrollo evolutivo del cerebro del homínido resultaba biológicamente eficiente el poseer un hemisferio especializado en las tareas lingüísticas, analíticas, calculísticas e ideativas. Complementariamente, el otro hemisferio lo haría en tareas sintéticas, pictóricas y espaciales.

Los estudios actuales dirigidos por Mandel, sobre lo que se denomina psicobiología de la trascendencia, resumidos por Rof Carballo (12), nos darían a conocer, junto al circuito general regulado por la norepinefrina, que transmite información (rafe-hipocampo) y la vía nigral o dopanímica que va a la amígdala del hipocampo, se mantendría una actividad reguladora de la conducta defensivo-agresiva y junto a ello un tercer sistema cuyo estímulo produce una desinhibición de las ondas lentas

(10) ECCLES, J. C., y POPPER, K. R.: «El yo y su cerebro». Labor Universitaria, 1.ª edición. Barcelona, 1982.

(11) SPERRY: «Science and Moral Priority».

(12) ROF CARBALLO, J., y DEL AMO, J.: «Terapéutica del hombre. El proceso radical del cambio», Ed. Desclee de Brouwer. Bilbao, 1986.

del hipocampo que va asociada a una sensación placentera. El neurotransmisor fundamental de éstas sería la serotonina. Rof Carballo en el trabajo citado sugería la verosimilitud de que estas «zonas derechas» de los centros cerebrales en el hemisferio no dominante tengan una influencia más poderosa que las zonas izquierdas sobre la regulación de las vísceras, estableciendo una situación óptima capaz de crear una nueva configuración e interpretaciones más armoniosas y positivas del ambiente. En resumen, las ondas lentas en el electroencefalograma obtenidas de los circuitos hipocampo-septales se asocian a una mayor empatía, a una disminución de los límites defensivo-ofensivos que establecemos con nuestros semejantes y que ha recibido distintas denominaciones que no hacen al caso en este momento. El fenómeno psicobiológico sería siempre el mismo, pero sus variantes estarían determinadas por experiencias previas, creencias, actitudes intelectuales y en general al componente cultural del mundo que nos rodea.

Hemos seguido casi literalmente la descripción de este aspecto profundo de las actividades cerebrales, para detenernos ligeramente en lo que hoy denominamos actividades simpáticas, que tienen peculiaridades propias de las funciones que hoy se localizan principalmente en el hemisferio no dominante que regiría en cierto modo gran parte de nuestras actitudes de hostilidad o acercamiento al prójimo y en consecuencia, de la sensibilidad frente a la violencia en su *variedad reactiva*, o sea, de respuesta a las incitaciones a ella que nos llegan del ambiente exterior, incluidas las personas que lo integran.

En resumen, debemos afirmar que la enorme revolución que suponen las actuales concepciones de complejidad, constitutivas de los sistemas de percepción de la realidad y de respuesta a ella, merced a las distintas formas de toma de conciencia, condicionan constitucionalmente la naturaleza de la violencia en su aspecto reactivo.

NIVEL ANTROPOLOGICO SOCIAL

El Freud primitivo, a pesar de su fijación en la libido como motor y condicionante de una serie de acciones y comportamiento humanos, reconoció desde 1905 el origen de impulsos crueles en fuentes independientes de la sexualidad, pero le costó gran trabajo aceptar la existencia de un instinto especial de agresión, si bien más adelante, hacia 1920, llegó a la conclusión explícita de que «la tendencia a la agresión es una propensión innata, independiente e instintiva en el hombre». Cosa que se afirma en «Más allá del principio del placer». El individuo y su cultura entran inevitablemente en colisión y la descarga de violencia es no sólo natural, sino signo de buena salud.

Desde distintos campos se abre camino la idea de la normalidad de la violencia en la sociedad humana. Aparece como una necesidad en la teoría psicoanalítica. La

idea de represión es para Freud el pilar sobre el que se asienta el edificio completo del psicoanálisis. En teoría psicoanalítica se trata con el conflicto resultante de la oposición entre el principio del placer y el principio de realidad, significando que ya por naturaleza (su ontogénesis) o por la organización social, el hombre es un animal neurótico. Ningún hombre está libre de la tensión entre los instintos básicos y su cumplimiento. Por ello la violencia está profundamente arraigada en la naturaleza humana. El mal en el hombre no es algo superficial, manifestándose sobre una naturaleza humana básicamente buena. Los factores externos pueden agravarla, pero no son causa radical de la violencia humana.

El pensamiento de Freud no puede ser más pesimista a este respecto. El conflicto entre el eros y el instinto agresivo impide, en principio, la posibilidad de eliminar la violencia. En cualquier civilización puede desarrollarse, cualquiera que sean las características culturales de la misma, si bien está claro que éstas son importantísimas y contribuyen, como veremos más adelante de manera destacada, al grado y modalidad de las manifestaciones violentas.

Ya en el año 1939, el grupo de psicólogos dirigidos por John Dollard, en desacuerdo con el instinto de muerte (Thanatos), destacaron la naturaleza reactiva de los comportamientos agresivos que Freud había designado como tendencias del ego a la autopreservación. Su punto de arranque no fue la consideración de un impulso específico interno, sino más bien la resistencia general exterior al individuo. Afirmando que la agresión es siempre consecuencia de la frustración, que es concomitante al ser humano desde el momento de su salida del seno materno y enfrentarse con un mundo incierto y en cierto modo hostil. En su desarrollo se va encontrando con nuevas necesidades y reacciona frente a las dificultades que encuentra para su satisfacción.

La noción de la violencia como constitutiva de la naturaleza humana aparece ya en el campo de la doctrina política con Hobbes. La lucha de todos contra todos que significa «el homo hominis lupus» obliga a la creación del poder estatal absoluto para mantener la paz y obligar a convivir a los hombres reprimiendo su naturaleza violenta. Para muchos autores el Estado representa la violencia organizada. Es la fuerza donde se plantea la situación dilemática frente a las leyes y el derecho. ¿Es la fuerza la que crea el derecho o el derecho el que permite constituir la fuerza ordenadora? Ocuparnos de este problema nos llevaría muy lejos y nos alejaría a campos que están fuera de nuestro propósito explorar. Lo que sí es preciso tener claro es que fuerza y violencia no son siempre idénticas, aunque las dos pueden compartir ciertos atributos comunes. En todo caso la necesidad de la violencia ha emergido en la teoría política, aunque naturalmente bajo aspectos y a través de caminos muy distintos. El concepto roussoniano del noble salvaje no parece confirmarse en nuestros conocimientos actuales, si bien es reconocida como vigente su afirmación de que el hombre ha nacido libre pero es encadenado por la sociedad en las formas más diversas.

Cuando la libertad es reemplazada por la represión o por severas restricciones, la violencia puede tener un valor de liberación y cuando la violencia es aplicada justamente a los malhechores a través de las leyes tiene un evidente poder de purificación.

Es ejemplar y terriblemente contradictorio plantear el conflicto socrático de la fidelidad a la ley y la obligación moral de esta fidelidad. Hobbes y Kant se inclinan a definir la violencia como el uso ilegal de fuerza o coerción.

Los anarquistas justifican la violencia no sólo por su acción efectiva, sino por su valor moral. Bakunin afirmaba que la voluntad de destruir es voluntad creadora. El pensamiento nietzscheano afirma que la violencia parece ser de hecho idéntica en esencia con la realidad primordial del devenir y de la vida. En ella se manifiesta la naturaleza dionisiaca del mundo, al que ve como una monstruosa mezcla de fuerzas sin comienzo ni fin. El mundo es la carencia de todo orden en perpetuo cambio de una forma de violencia a otra. Eternamente se crea y se destruye. Es necesario que muchas cosas sean aniquiladas y disueltas sin piedad en orden a que otras puedan ser creadas y nazcan nuevas tablas de valores creadas sobre las ruinas de los valores antiguos. Para él el martillo destructor es el símbolo más claro de creación. Admite una buena violencia y una mala violencia y es al hombre al que le compete ejercer la buena con la creación de nuevos valores. Así Polin (13), del cual tomamos algunos datos, afirma que Nietzsche no ha pretendido hacer en sus obras, tanto en Zarathustra como en la *Genealogía de la Moral*, una apología de la violencia, sino el pensador que inspira una política de energía conducida a través de mecanismos maquiavélicos y que el superhombre es un hombre dulce, gentil y que incluso no tiene la más ligera inclinación a dominar a los otros, que desea «tan poco Estado como sea posible» y que cree que la más noble forma de violencia es el amor. «Yo te amo, ¡oh eternidad!»

Queremos detenernos ahora en una figura que consideramos interesante y que ha pasado a la historia como uno de los símbolos del escritor que propugna la violencia, como es Sorel. Sus *Reflexiones sobre la Violencia* (14) representan una extraña figura contradictoria, a veces incoherente, pero de extraordinaria personalidad. Croce decía que era el único pensador original que ha tenido el socialismo. Nosotros creemos, sin embargo, que no es correcta esta adscripción y su personalidad fue mucho más compleja, meditando de manera vehemente sobre lo que es o pueda ser el hombre. Para él el hombre es un creador y sólo se realiza cuando crea, no cuando recibe pasivamente el impacto del pensamiento de los demás o se limita a la contemplación de lo que sucede a su alrededor. Es un ente innovador cuya actividad altera el material que la naturaleza le suministra y que el aspira a transformar.

(13) POLIN, R.: «Nietzschean Violence». En: *Violence and Aggression*. Ed. por Philip P. Wiener/John Fisher. New Jersey University, 1974.

(14) SOREL, G.: «Reflexiones sobre la violencia», Alianza Editorial. Madrid, 1972.

Lo único que el universo posee con valor absoluto es el alma humana. La máquina de la ciencia no da respuestas a los problemas más trascendentales. Esta actitud lo encuadra, a pesar de las prolijas reflexiones sobre el mundo del trabajo, dentro de los creyentes en la fuerza del espíritu. De Marx toma Sorel su concepción del hombre como ser activo y nacido para trabajar y crear; de ello se exige el derecho a sus herramientas, porque ellas son una extensión de su naturaleza. La maquinaria constituye un elemento social más eficaz incluso que el lenguaje, hace notar Isaías Berlin en su prefacio a la edición de las Reflexiones sobre la Violencia, sigue a Juan Bautista Vico, fundador en realidad de la filosofía de la historia y de las ciencias sociales, al insistir que no somos meras víctimas o espectadores de los acontecimientos, sino actores y agentes causales. La historia es para Sorel lo que para Hegel, un drama del que los hombres son autores y actores al mismo tiempo, un combate entre las fuerzas de la vitalidad y las de la decadencia, entre la actividad y la pasividad. Toda creación es una lucha. Su antropología no le permite concebir al hombre como sujeto paciente, sino agente, No ser elegido sino elegir.

El voluntarismo está siempre en su mente y cree necesario despertarlo y ponerlo en vigencia en la mente de los demás. Compartió con Marx el concepto de las clases sociales y de su lucha como factor central del cambio social. Sorel creía en unos valores morales y nunca aceptó que los científicos sociales (hay que pensar que escribía muy a comienzos del siglo) estuvieran capacitados para resolver cuestiones básicas de principios morales o políticos, o de técnicas en la imitación de los métodos de la ciencia natural. Consideraba erróneo el pensamiento de Marx acerca de la sociedad como mero producto de fuerzas económicas. Para él la historia es un flujo más indeterminado de lo que creía Marx. La sociedad es una creación, una obra de arte en cuyo seno debía estar presente y exaltada la dignidad del hombre. El economismo de Marx lo considera exagerado, aunque admitía como Hegel que quizás fuera necesario para contrarrestar las teorías idealistas o individualistas liberales. Su economismo corre el riesgo de desembocar en una creencia ingenua sobre la posibilidad de predecir las formaciones sociales del futuro.

Sorel, advierte que en caso de triunfo de los trabajadores en su lucha contra la burguesía se puede generar en ellos una élite opresiva de intelectuales doctrinarios y funcionarios rígidos que surgirían entre las filas de su propia clase. Esto es un hecho real que estamos viviendo en las configuraciones sociales producidas desde su tiempo hasta nuestros días. Teniendo en cuenta estos hechos nos percatamos de la lucidez con que previó el futuro en algunos países y circunstancias. Evitar situaciones de este tipo sólo sería posible con una ilusoria e intensa labor educativa previa a estas situaciones. Según él nos confiesa, tampoco Marx creía en un partido político de la clase obrera, porque una vez llegado al poder cualquier partido puede convertirse en tiránico tratando de perpetuarse a sí mismo, digan lo que digan sus manifiestos y promesas.

Hay un hecho singular en su pensamiento que lo lleva a creer en la eficacia de la lucha y el conflicto que puede permitir al hombre alcanzar su plenitud. Pero él, permanente denigrador de la burguesía, deseaba que ésta se robusteciera para luchar contra un adversario fuerte en cuya contienda se producirían actitudes purificadoras. En el fondo de su corazón, hosco y testarudo, surgía un cierto relativismo que le llevaba a declarar que ninguna victoria definitiva es posible en el proceso social. Esto sólo puede darse, afirmaba, en el arte o en la creación pura.

Su pensamiento contradictorio fue siempre fiel a un sentido revolucionario, dinámico y agresivo. En escritos muy diversos insiste en que los revolucionarios dogmáticos degeneran fácilmente en tiranos opresores. Si bien es verdad, dice, que en el juego de poderes sociales hay que tener presente que la fuerza reprime y la violencia dirigida contra ella libera; la función de la violencia proletaria no debe tener espíritu de agresión sino de resistencia. La violencia se supone siempre como la destrucción de las cadenas y el prelude de la regeneración, pero dentro del carácter tanteador y a veces ciego, distingue siempre entre fuerza y violencia, según el carácter de su función y motivación. La fuerza esclaviza, la violencia libera, pero siempre está en trance de poder esclavizar o destruir sin suficiente voluntad regeneradora.

Hay que tener en cuenta que su concepción de esta dinámica tiene su origen en el profundo sentido moralista que siempre le acompañó. Denuncia y combate la actividad que brota de un sentimiento moralmente impuro. «Todo se puede salvar si el proletariado, mediante la utilización de la violencia..., devuelve a las clases medias una parte de su antigua energía.» Jaures, que no era muy estimado por Sorel, llamaba a éste «el metafísico del sindicalismo», puesto que creía que en el alma de cada hombre yace oculto un rescoldo metafísico enterrado bajo las cenizas. Sus contradicciones lo mantuvieron en una zona que en gran parte vivió en solitario, a pesar de haber transcurrido su vida en la búsqueda de una clase o grupo capaz de redimir a la humanidad.

Fue atraído y deslumbrado por Bergson, del que asumió gran parte de sus ideas sobre la debilidad de la razón como instrumento del conocer e incluso del motivar los comportamientos, comparado con el poder de lo irracional y lo inconsciente en la vida de los individuos y de la sociedad. El *elan vital* bergsoniano, que informa tanto el crecimiento biológico como la actividad humana, era para él lo único que proporciona una comprensión de la realidad. La acción es la que va trazando el camino que el intelecto congela y deforma a veces. Hay que aprehender la realidad intuitivamente mediante imágenes, como la conciben los artistas, no mediante conceptos y razonamientos cartesianos. De este suelo brotaría la célebre doctrina de Sorel sobre el *mito social* como único impulsor de los movimientos sociales. El mismo autor piensa que en alguna medida se puede invocar a Durkheim, que, sin embargo, estaba situado en el extremo opuesto, pensando que sólo la ciencia podía dar respuesta a nuestros interrogantes, coincidiendo con el positivismo de Comte.

Proclama que ninguna sociedad puede mantener su estabilidad sin un alto grado de solidaridad social que a su vez depende de la vigencia de ciertos mitos sociales dominantes. Mientras que para Durkheim la función del mito es dar cohesión a la sociedad, sin la cual el individuo se siente perdido y en estado de ansiedad, para Sorel la función del mito no consiste en estabilizar, sino en dirigir unas energías e inspirar una acción. Un mito afecta a los hombres como un fermento del alma que engendra entusiasmo e incita a la acción y da un sentido de ella. «El mito da un aspecto de realidad a las esperanzas de acción inmediata.» «Cuando las masas se despiertan se forma una imagen que constituye un mito social.» Sorel rechaza a los intelectuales desarraigados y apátridas que son gente «sin tumbas ni reliquias ancestrales que defender contra los bárbaros». Isaías Berlin comenta que esta es la retórica violenta de la extrema derecha: de De Maistre, de los chauvinistas antisemitas y también de Maurrás y Barrés.

Hay que recordar que Sorel era un antidemócrata. Sus entusiasmos políticos saltaron de Lenin a Mussolini, sin arraigar en ningún campo, y si por una parte propugnaba la huelga general con capacidad de destruir el tipo de relaciones sociales de su tiempo, siempre se expresaba ante ella con un sentido mítico, manifestándose opuesto a los sabotajes reales o a cualquiera otros actos de presión y de fuerza. Su sentido mítico y una extraña mezcla de esperanza visionaria, le llevaba a predicar, como Nietzsche, la necesidad de una civilización nueva de hombres arriscados y creadores que ofrecieran una sociedad alternativa. La mítica de la violencia no le impide manifestar una exquisita sensibilidad por el comportamiento ético de los hombres y de las colectividades humanas. Así, por ejemplo, su moral sexual fue extraordinaria y en este sentido rechazaba los entonces todavía lejanos principios de la permisividad desequilibrada que actualmente nos impregnan.

En defensa de la fuerza y de la acción evoca algunos pensamientos de Pascal, el cual abandonó o pasó a segundo plano las ideas acerca del derecho natural, por considerarlas que no estaban suficientemente impregnadas de cristianismo. La observación le demuestra a Pascal lo absurdo del derecho natural. Si esta teoría era exacta habría más leyes universales admitidas. Pero estas acciones que hoy consideramos como crímenes han sido contempladas en otros tiempos como virtuosas. En pocos años la vigencia de las leyes cambia. Lo que es verdad, dice, a este lado de los Pirineos, es mentira al otro. Esto plantea el escabroso y difícil problema de la relatividad moral que tiene por consecuencia una peligrosa disolución de la línea divisoria entre el bien y el mal. Pascal pretende demostrar cómo lo justo depende prácticamente de la fuerza. No pudiendo hacer que lo que es justo sea fuerza, se ha hecho a veces que lo fuerte sea justo. Con estas referencias Sorel introduce un principio de incertidumbre, aunque el pensara que, como Giordano Bruno decía, «se es martir sólo por aquellas cosas de las que no se está muy seguro».

Los trabajos de los amigos de Sorel han sido acogidos con gran desprecio por los

socialistas activos, a pesar de las grandes coincidencias en determinados puntos de vista. La obra de Sorel contribuyó de una parte a socavar el prestigio de la cultura burguesa y de otra a exaltar y en cierto modo encauzar el valor de la violencia revolucionaria, tratando de indagar cual es el papel que le corresponde a la violencia en las relaciones sociales de su tiempo.

El desarrollo normal de la huelga acarrea un importante cortejo de violencia. Marx se dedicó más profundamente a indagar las leyes de la producción capitalista y llegó a la conclusión de que había llegado la hora de la aniquilación de la burguesía. Sorel deseaba sostener unas clases medias burguesas que no fueran blandas, de tal forma que sirvieran a su vez para que la lucha del proletariado no degenerara ni decayera por falta de entrenamiento en la acción. Tiene gran prevención contra el optimista que pasa con notable facilidad de la *ira revolucionaria al más ridículo pacifismo social*. El optimista puede conducir a su país a las peores catástrofes. No tarda en reconocer, en efecto, que las transformaciones sociales no pueden llevarse a cabo con la facilidad que el había supuesto. El movimiento histórico sólo resulta inteligible para quienes se hallan lejos de las agitaciones superficiales. Los protagonistas del drama no se percatan de lo que después será tenido por fundamental. Cabría formular lo que llama la regla de apariencia preológica. «Es preciso estar fuera para ver lo que hay dentro.»

Con ánimo de encaminar los problemas a soluciones posibles y más especialmente de modificar las actitudes hostiles hacia la búsqueda de soluciones razonables, se percibe en el pensamiento de Sorel la necesidad de la existencia de una equidad natural sobre la que el mismo ha sembrado confusión en algunos momentos. Tenía muy presente la especial dificultad de los países latinos, puesto que en la revisión que hace de los problemas de su tiempo piensa que las clases sociales están mucho más claramente preparadas por características externas en los países anglosajones. No se opone al empleo de una cierta diplomacia, muy cultivada en su tiempo, consistente en hacerle creer a los obreros que se es el abanderado de la revolución y a la burguesía que se contiene el peligro de la acción. Y al país en general que se está representando una corriente de opinión irresistible. Generalmente esto va dirigido con cierta ironía a los parlamentarios socialistas. En el fondo, él, tan amante de la verdad, y obsesionado con su peculiar visión de la violencia, ironizaba a los políticos en general y especialmente a los socialistas, a los que despreciaba de manera visceral. Reconoce que es verdad que se han creado ambientes favorables para aquellos que creen y fomentan la paz social, pero le produce indignación que esta paz se pretenda obtener mediante el adormecimiento de sentimientos hostiles, que en cierto modo son sobornados por una oferta de condiciones que conduce al aburguesamiento.

Análoga en cierta medida es la idea que mantiene Marcuse (15) acerca de

(15) MARCUSE, H.: «L'homme unidimensionell. Arguments». Les Editions de Minuit. Paris, 1964.

la sociedad industrial avanzada que priva a la crítica de su verdadera base. El progreso técnico refuerza todo un sistema de nominación y coordinación, que a su vez dirige el progreso y crea nuevas formas de vida y de poder que parecen reconciliar con el sistema de las fuerzas oponentes y hace inútil toda protesta en nombre de perspectivas históricas o de la liberación del hombre. La idea de crear un cambio cualitativo de la sociedad capitalista va perdiendo fuerza frente a argumentos realistas de una evolución no explosiva. Todo hombre debe descubrir y buscar el camino que le conducirá de la falsa conciencia de situación a la verdadera. De su interés inmediato a su interés real. Existen tensiones, y así será siempre, entre la esfera social y la política.

El hombre unidimensional oscilará entre dos hipótesis contradictorias: o bien la sociedad industrial avanzada es capaz de inferir la transformación cualitativa de la sociedad en un porvenir inmediato, o bien existen fuerzas y tendencias de pasar a la acción y hacer estallar la sociedad. En esta sociedad el aparato de producción tiende a devenir totalitario en el sentido que él determina al mismo tiempo las actividades, las actitudes y las aptitudes que implican la vida social, las aspiraciones y las necesidades individuales. La racionalidad de esta sociedad industrial avanzada, con extraordinario predominio tecnológico, condiciona y determina una racionalidad política.

El estricto diseño que acabamos de hacer de las ideas a partir de las cuales actúa la crítica de Marcuse justifica el que en su pensamiento busque caminos nuevos que sean capaces de evitar la dominación automática que ejerce la sociedad industrial avanzada, por las grandes estructuras, en cuya complejidad no se vaticina, según él, la paz social, como no sea mediante el sometimiento a esas grandes estructuras que ejercen la dominación y que lógicamente requieren nuevos caminos para descubrir campos tolerables donde crezca la libertad. Los procesos tecnológicos de mecanización y el desarrollo extraordinario de la informática en su más avanzada articulación con el trabajo puede llevarnos a cimas gloriosas de eficacia y libertad, aunque también amenazan, de manera contradictoria, con un sutil tipo de esclavitud, en donde queden aprisionados sectores importantes de la sociedad de nuestro tiempo. De un lado nos encontramos con la creciente satisfacción de muchas necesidades del género humano, y, de otro, con el estremecedor lamento de razas y pueblos enteros sumergidos en la carencia de la mínima cobertura de estas necesidades.

Podríamos enfrentar esta contradictoria situación entre los países de tecnología avanzada, pero encadenados a una maquinaria y a una estructura social que los esclaviza, mientras otros países se hallan sometidos a la dominación y sin esperanza de que sus necesidades sean cubiertas. No es difícil presumir que en ambos sectores de la humanidad, la que carece de una

mínima cobertura de necesidades biológicas y humanas, y la que de manera orweliana se siente vigilada por el «Gran Hermano» y carente de una libertad efectiva. De manera inevitable en ambas se incuba igualmente la violencia como liberación, aunque ambas presenten caracteres muy distintos.

La violencia emerge a veces como una necesidad y se puede considerar en muchos casos como un síntoma que deja traslucir el sometimiento de un individuo, un grupo social o una sociedad global a un alto nivel de stress. Engels, hacía notar que la violencia es la aceleración del desarrollo económico.

McLuhan formula la más sorprendente y moderna expresión de esto al proclamar lo que él considera de manera evidente: que las nuevas tecnologías cambian las ratios de sentido, causando fricciones psíquicas, «tristeza cultural o situaciones de conflicto». Así, la violencia es el dolor que acompaña al parto de una nueva tecnología y que da acceso para investigar una nueva identidad. Cuando un cuerpo social o una persona privada encuentra su entera identidad perjudicada por cambios físicos, psíquicos o tecnológicos hostiga al pasado con una especial furia de autodefensa y establece así que la violencia es una búsqueda involuntaria de la identidad. Este análisis es aplicado en su intento de comprensión de la violencia, por el Poder Negro o la nueva izquierda, que surgió en América en la década de los 60.

Nuestra disgresión extensa por la personalidad contradictoria de Sorel nos ha llevado a los campos de Marcuse con una especial coincidencia colectiva al saltar de los comienzos del desarrollo industrial con sus problemas y tensiones a las cada vez más complejas tensiones de la sociedad tecnológica avanzada.

Todos estos análisis y muchos otros, en los que de momento no podemos entrar, son importantes por muy diversas razones, pero intencionalmente nos acercamos a un tema esencial, que es el de la comprensión de la *normalidad de la violencia*. Esto por una parte es realista, pero tiene la peligrosidad y el riesgo, dentro del presente clima de relativismo moral, de la obnubilación de los valores que son atropellados, tanto en los estados agudos, que originan actos violentos, como en las proclamas y grafías escritas en los muros de las calles o difundidas con pasión por la palabra.

Si no se establece un encuadramiento moral preciso la normalidad de la violencia se desliza fácilmente hacia la "*necesidad*" de la misma, y, por caminos lógicos de la necesidad, se pasa de manera, al parecer, inevitable a la *legitimación*. Sin un punto de referencia moral la violencia prevalece de manera creciente en el poder de lucha creado por el relativismo. Así han surgido multitud de slogans capaces de arrastrar no sólo a las masas, sino a personas de calidad. Camus advertía, y esto es una lección de nuestro tiempo, que

«cuando los hombres de acción están sin fe no han creído jamás sino en la acción». Mao Tse-Tung afirmaba que el verdadero poder surge de las armas de fuego. También se ha repetido por innumerables tratadistas revolucionarios algo que en cierto modo es verdadero a través de la historia: «El derecho no da al poder, pero el poder hace el derecho.»

La famosa frase de Clausewitz «la guerra es la continuación de la política por otros medios» se supera hoy día cuando la violencia está muy internalizada, por la contradictoria, lanzada reciente por Hannah Arendt, que dice: «La paz es la continuación de la guerra por otros medios.» Con ello se alude a la presencia permanente de la violencia en la sociedad de forma latente o manifiesta bajo las formas más diversas.

La dificultad de encontrar el término medio que no nos coloque en actitudes dilemáticas no es fácil de conseguir. Exponente de ello es la polaridad, como dice Guinness (16), de la violencia vista como crisis extrema y como catarsis necesaria, y así existe, por una parte, una demanda radical extrema de la violencia, y, por otra, un descrédito de la misma, sentido por los espíritus más liberales que la desacreditan como causante de crisis graves. El autor antes citado pone a Fanon como ejemplo de los que demandan la violencia como catarsis, el cual se llamaba a sí mismo con orgullo el campeón de los hombres más pobres de la tierra. Europa, decía, ha sido sensiblemente humanista, y, sin embargo, ha negado su auxilio a otros pueblos inferres por su constante inhumanidad. Fanon hace un ataque frontal al colonialismo, recordando que éste se desarrolla siempre en tres etapas. La primera, con la invasión militar o económica, es de *opresión*. La segunda es de *represión*, y coloca a los nativos forzosamente en contra de ellos mismos, con lo que se establece un periodo de tribalismo mágico y de asesinatos fratricidas. La tercera fase es la *revolución* llena de violencia. Esta violencia es catártica y rehumanizadora. Es creativa y libera al nativo de su complejo de inferioridad y de su desesperanza. Sartre afirmaba que esta violencia no es la resurrección de los instintos salvajes: es el hombre recreándose a sí mismo.

ALGUNAS VARIABLES DE LA VIOLENCIA

Hasta la fecha venimos hablando de la violencia como si fuera un fenómeno uniforme, sin destacar suficientemente las muy distintas variables de la misma y sin establecer un intento de tipología con los muy distintos aspectos

(16) GUINNESS, O.: «Violence. A Study of Contemporary Attitudes». Inter Varsity Press. Estados Unidos, 1974.

tos que presenta, favorables unos y negativos otros, siendo así que aparece en gran número de autores como un milagroso agente de cambio, sin el cual éste nunca se produciría. Esto, en principio, es una falacia, ya que el cambio en sí se produce por agentes muy variados, aunque efectivamente es cierto que, merced a la violencia revolucionaria, se han producido una serie de cambios importantes y decisivos en la historia de la humanidad. La revolución francesa o la rusa son ejemplos manifiestos de ello. Lo que se oculta con frecuencia sectariamente es que hay cambios favorables que contribuyen al desarrollo y perfeccionamiento del ser humano y cambios que pueden contribuir al envilecimiento del mismo y a la destrucción de valores y situaciones en las que se cometen las mayores injusticias, despertando pasiones que tratan de abroquelarse tras la presentación de una relevancia de la justicia. Esta palabra sagrada, y que, efectivamente, es la aspiración moral más elevada junto con la libertad, debe ser cuidada con esmero para que no sirva de amparo a mercancías averiadas.

Justicia y libertad son efectivamente los más altos objetivos que deben ser perseguidos con tenacidad por el hombre. Sin embargo, no se si es oportuno invocar una frase de Goethe que puede someterse a muy variadas interpretaciones. «Prefiero la injusticia al desorden, porque éste es capaz de engendrar muchas injusticias.» En su aspecto social y político parece ser que uno de los factores de la violencia contemporánea está basado en la dialéctica de la igualdad. Se estudian las correlaciones entre violencia y desigualdad. Este es un viejo tema no sólo motor de justas reivindicaciones, sino desencadenante de violencia revolucionaria, que ha tenido en cada momento y situación un nivel de tolerancia a la desigualdad, cuyo umbral ha descendido notablemente. Tocqueville hacía notar que en su tiempo cuanto más desaparecían ciertas desigualdades se hacían más intolerables las que subsisten. Las pasajeras son sentidas con más dureza que las antiguas y permanentes. Asistimos a una crecida importante en la exigencia de la necesidad de igualdad. Cualquier tipo de segregación es rechazada sistemáticamente. En este sentido, la violencia puede ser percibida como una reductora de las desigualdades. Ahora bien, el sentido de la igualdad absoluta es completamente erróneo y no se tiene en pie ni desde un punto de vista biológico o intelectual ni mucho menos de las virtudes y comportamientos de tipo espiritual que corresponden a la constitución de la personalidad humana y también, desde luego, a las estructuras y condicionamientos sociales. Nuestro Ortega afirmaba, para los que invocaban la igualdad como una forma de justicia, que tan injusto era tratar a personas y situaciones iguales con discriminación injusta como aplicar el mismo rasero a lo desigual. En cierto sentido, el cambio tiende, desde el punto de vista sociológico, a crear igualdad de oportunidades, pero aceptar las diferencias o desigualdades que se engendran por condiciones y virtudes diferentes. Esto sólo se remonta

con el ejercicio de la caridad y del amor entre los hombres como nos prescribe el pensamiento cristiano. La Comisión Francesa para el Estudio de la Violencia, de la que más adelante nos ocuparemos en cierta medida, cita la afirmación interrogatoria de Montesquieu: La República está fundada sobre la igualdad: ¿Reposa la igualdad sobre la virtud?

Enjuiciar la violencia es difícil, complejo y lleva anejo la necesidad de penetrar en el amplio campo de la moral colectiva e individual.

VIOLENCIA POLITICA Y MODERNIZACION

Como resultado del estudio realizado sobre este tema por el Instituto de Estudios Internacionales «Adlai Stevenson», y basándose sobre los papeles de este grupo de estudios, edita Bienen (17) una serie de trabajos sobre violencia política y modernización que están referidos principalmente a las ciudades americanas y confiesa las enormes dificultades con que tropieza para poder ligar las distintas variables y especialmente para aclarar cuáles son los caracteres precisos y, a ser posible, mensurables que definan lo que se entiende por modernización: occidentalización, racionalidad y burocratización, desarrollo económico, movilización social, política institucionalizada, democracia, etc. Confiesa no haber conseguido un paradigma aceptable capaz de valorar este proceso de transformación.

Por otra parte hay una extensa literatura sobre tipologías de la violencia. Hay actos de fuerza considerados como legítimos que no se estiman como violencia, salvo cuando se hace cuestionable, por ejemplo, una acción policiaca. Así la violencia es distinguida de la coerción. Existe siempre un problema en el uso de la palabra violencia que hace que las definiciones sean variadísimas. Así, por ejemplo, Wolin, citado por Bienen, la define como fuerza ejercida con intensidad innecesaria, de consecuencias impredecibles o con destructividad excesiva. Hay violencia contra el cuerpo y violencia psíquica. Esta última se manifiesta, por ejemplo, en la guerra psicológica. La violencia puede ser definida también como una forma extrema de agresión, haciendo ilegítimo o injustificado el uso de la fuerza. La legitimidad de su uso está reservada al Estado. Su uso por personas o grupos es ilegítima y normalmente ilegal. Aun ejercida por el poder institucional, la violencia innecesaria es ilegítima, aunque trate de justificarse ulteriormente por sus fines.

No olvidemos que Saint-Just, el teórico del terror de la revolución francesa, consideraba la violencia como un medio purificante de la política y el

(17) BIENEN, H.: «Violence and Social Change», University of Chicago Press, 1968.

orden social. La violencia fue justificada por Platón en el servicio del Bien.

La sensibilidad a la violencia es distinta según niveles culturales y pensamiento político.

Bienen considera muy significativa y con relevancia política la violencia en el ghetto, que puede no significar en sí violencia racial y producida a veces por personalidades desviadas. Existe la violencia que producen los insurgentes, incluida la guerra de guerrillas; la guerra civil; motines; revolución en el caso en que la propensión a la violencia surge por la pretensión de producir una determinada clase de cambio social. Está claro que se podrían seguir enumerando matices distintos, cayendo en algo muy frecuente, que es la falacia de afirmar que la violencia es siempre para producir cambios y progreso. Por fuera de ello queda el mundo extremo de la violencia internacional y la menos visible por lo general, pero capaz de producir estados de sufrimiento en la convivencia, que es la violencia doméstica.

La violencia se puede medir por su intensidad, frecuencia y duración. Nos queda fuera de momento toda la violencia que estudia la criminología y los distintos tipos de delincuencia. Está claro que se abre a la investigación el comprobar y precisar todos estos tipos. Seguir sus oscilaciones, crecimiento o descenso. Hacerla declinar es una de las tareas más exigibles a los políticos y a los directivos sociales, para los cuales puede ser muy útil conocer posibilidades y procedimientos de obtener éxito.

La violencia puede considerarse también como una enfermedad particular de un período transicional entre tradición y modernidad. Es tarea de los científicos sociólogos, psicólogos y médicos contribuir a mantener la esperanza de una posible prevención.

Hartogs y Artzt proponen dividir los actos de violencia en tres grandes grupos: violencia organizada, violencia espontánea y violencia patológica, cada uno de ellos subdividido en grupos menores.

La *violencia organizada* crea determinadas pautas de forma deliberada. El tipo subcultural más significativo está dado por las organizaciones mafiosas, estructuradas en familias y territorios con el empleo de actos rituales. Aceptan el asesinato como un elemento de transacción en sus negocios. Es típico de su argot la expresión simbólica de «el beso de muerte». La policía y el ejército tienen una estructura que corresponde a una violencia subcultural con la aceptación de un ritual adecuado, aunque actúan normalmente en provecho y beneficio de la sociedad y la cultura de su tiempo.

Otro tipo de violencia es el titulado *impersonal*, cuyas características son el

saqueo y el pillaje con gran impulso destructivo y enorme implicación emocional, ejercido en algunas ocasiones por pandillas jóvenes que rompen y destruyen puertas y ventanas o apilan objetos para ser consumidos por las llamas. La clave de este tipo de violencia es que la identidad de las víctimas no tiene importancia para los agentes de estos actos, pueden atacar indistintamente a una u otra persona y destruir cualquier objeto, instalación o elementos constitutivos de un hogar o de un edificio público. Los agentes de destrucción obran en su inmensa mayoría dentro de la dinámica anónima de masas, aunque sus instigadores, a veces en escaso número, son conscientes de la dinámica que desarrollan.

La violencia *instrumental* es por el contrario selectiva de la identidad de la víctima, que es la que puede producir satisfacción especial a los atacantes, bien se trate de la eliminación de directivos o en los menos crueles motines escolares, por ejemplo, en los que se trata de humillar o destruir a determinadas autoridades académicas.

Hartogs cree tipificar el asesinato de Abraham Lincoln como expresión de este tipo de violencia selectiva en que el asesino John Wilkes Booth proclamaba ante el público «sic semper tyrannis, el Sur está vengado».

Otro grupo está constituido por lo que se denomina violencia *espontánea*, que representa con frecuencia explosiones impulsivas de actos violentos de tipo reactivo frente a determinadas situaciones. Es el caso de los crímenes pasionales. También se produce de manera reactiva en choques raciales. Cualquier motín no planificado da lugar a actos de violencia espontánea producidos en multitud de casos de forma aleatoria. Algo de esto está sucediendo desgraciadamente en las verdaderas batallas que se están produciendo en los campos deportivos en multitud de países.

Otro es el problema de discriminar la posible incubación de procesos preparatorios en estados de opinión, que conducen en un momento determinado a una violencia reactiva y, más o menos aparentemente, no planificada.

El último grupo de este intento de clasificación es la denominada violencia *patológica*. Este concepto es más o menos controvertido, ya que entra dentro del camino de los aspectos psiquiátricos de la criminología, aunque se manifiesta con cierta preferencia en aquellos casos, de los que la prensa nos informa, en que un sujeto sin especiales antecedentes dispara desde una terraza o de lo alto de un edificio indiscriminadamente sobre el público que transita por la calle, alcanzando en ocasiones un alto número de víctimas. Los sujetos que realizan tales actos de violencia han desarrollado esta decisión a través de complejísimos mecanismos psicopáticos, no siempre relacionados con antecedentes sádicos. Son los que los americanos llaman «thrill killers».

Es oportuno traer aquí, aunque sea de manera muy breve, las investigaciones realizadas sobre los componentes biológicos, genéticos y constitucionales del comportamiento humano. Con él se penetra en un campo enormemente polémico en relación con las propensiones a determinadas conductas y una mayor o menor vulnerabilidad frente a las presiones y condicionamientos del medio ambiente social y de la posible transmisión genética de los caracteres identificables a lo largo de la vida, de lo que nos ocupamos hace tiempo en otra ocasión (18). Aquí aparecen como protagonistas determinadas configuraciones del cariotipo. El famoso cromosoma añadido Y, que configura el cariotipo 47-XYY, que aparece en enfermos mentales difíciles o peligrosos: individuos psicópatas, de inteligencia a menudo insuficiente, que presentan trastornos caracteriales, habiendo cometido violencias, robo, incendios voluntarios y otras manifestaciones análogas de comportamientos desviados. La preseneia de un cromosoma Y suplementario en el hombre podría multiplicar por cuatro el riesgo teórico de desviación psicopática. Witkin y col. (19), en una exploración llevada a cabo en la población danesa, aseguran no encontrar pruebas suficientes de la agresividad particular de los portadores del cromosoma sexual complementario, si bien es cierto que su trabajo ha sido condenado por no utilizar una correcta metodología estadística. Sin embargo, Benezech y Noel (20) prueban, en exámenes realizados sobre una muestra de 4.139 hombres, pertenecientes a la población general, que de 12 XYY descubiertos, 5 habían recibido condenas por los tribunales, lo que arroja un porcentaje de delincuencia de ~~41,5~~, frente al 9,3 de los que portan cromosomas normales.

Las polémicas sobre este problema continúan, especialmente en los círculos universitarios de Harvard. Sus conclusiones son más moderadas, pensando que la mayor parte de estos cariópatas ~~escapan a la enfermedad mental~~ y a la criminalidad, pero consideran que son individuos con un handicap constitucional que, si se desarrollan en ambientes degradados, con carencia de afectividad y sin educación suficiente, llegan a tener trastornos de comportamiento, en los que aumenta la probabilidad de cometer actos criminales en proporción muy superior a la población general. Nos faltan datos aún para saber si esto puede ser tema en el futuro de la peligrosa ingeniería genética.

-
- (18) DE LA QUINTANA, P.: «Introducción al problema de la desviación social». Discurso de ingreso en la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas. Madrid, 1980.
(19) WITKIN, H. A. y col.: «Criminality in XYY and XXY». *Science*, 193: 547-555, 1976.
(20) BENEZECH, M., y NOEL, B.: «Le chromosome du crime». *L'Express*, octubre, 1976.

VIOLENCIA SIMBOLICA

No queremos dejar pasar entre los distintos tipos de violencia a que venimos aludiendo aquel tipo especial que los franceses Bordieu y Passeron (21) propusieron en 1970 bajo el término de «violencia simbólica» para designar la capacidad de imponer, como algo legítimo, significados mediante el establecimiento de determinados signos en la educación. Pross (22) señala que es un concepto apropiado para aclarar la relación entre energía intelectual y la realidad, considerando que la escuela es el campo apropiado para establecer reglas propias de comunicación. Así define la violencia simbólica como el poder hacer que la validez de significados mediante signos sea tan efectiva que otras personas se identifiquen con ellos. Las sanciones que se aplican en la escuela son en cierto modo simbólicas, haciendo notar el rechazo y reteniendo al penalizado en situaciones de incomunicación. Por una parte, le quitan algo de su capacidad comunicativa y le producen una deficiencia que se pretende remediar mediante la comunicación. La violencia simbólica se realiza mediante la yuxtaposición de sus signos, pero se fundamenta mediante una serie de valores que se piensan situados unos por encima de otros.

Según Pross los símbolos son signos que indican valores. Nunca están solos, sino dentro de determinados órdenes. En el plano de los hechos los órdenes espaciales están separados y unidos por signos. «Pero en el ámbito de los valores vivimos en representaciones *verticales*.» Toda cultura, toda religión, toda ciencia, toda política se justifican por valores supremos que tienen su polo opuesto en los valores negativos *inferiores* también extremos. La orientación vertical no fomenta por sí la coexistencia de los hombres; lo que decide el futuro no es la altura a que se coloquen los valores, sino cómo pueden traducirse a las proporciones de la coexistencia humana y requieren, por consiguiente, una previa interpretación.

Lo mismo que el lenguaje, la literatura y la ciencia son símbolos directos de la población y a veces divergentes. En contraste con el establecimiento del orden básico que crea subordinación, la literatura y la ciencia sólo son compatibles con un orden básico político y en la relación de la coordinación bajo el mismo concepto general de población. La horizontal, y no la vertical, es la que determina la relación dada de antemano, según Pross. Por eso, dice, engendran contradicciones todos los intentos de subordinar a los literatos y científicos. Personas conflictivas se convierten, a su vez, en símbolos del discurso y con ello en oferta de identificación para todos los que se encuentran

(21) BORDIEU, P., y PASSERON, J. C.: «La reproducción. Elementos para una teoría del sistema de enseñanza». Ed. Laia, Barcelona, 1970.

(22) PROSS, H.: «Violencia de los símbolos sociales». Anthropos Editorial del Hombre, Barcelona, 1983.

en una posición subalterna. La carencia psicofísica que cada uno procura eludir a través de la comunicación hace que los sujetos sean sensibles a cierta represión de quienes prometen perfección de las posibilidades humanas mediante el lenguaje, común a todos, de la literatura y de la ciencia.

La carencia de comunicación puede afectarnos en el orden de conocimiento y en el orden emocional. En este segundo caso buscamos entretenimiento y, a veces, también de forma sustitutiva, a buscar información de tipo cognitivo. En uno u otro caso se puede caer en las garras de la propaganda, especialmente la política, que se sirve hoy día de las técnicas desarrolladas por la publicidad comercial y con ello podemos caer en una figura de víctimas sobre las que se ejercen determinados tipos de violencia.

Para Pross resulta que toda política es, en cierto grado, política de información. Las medidas políticas son siempre procesos informativos, porque manipulan las comunicaciones a fin de aumentar o reducir el conocimiento de hechos o realidades, conforme a estrategias y tácticas de la violencia simbólica.

El autor que reiteradamente venimos citando y cuyo pensamiento seguimos, estima que existen al menos cinco políticas de información:

— La información tiene una difusión amplia a fin de propagar conocimiento.

— La información se retiene para mantener la ignorancia.

— La información se reparte y difunde para reprimir o anular otras informaciones.

— La información se canaliza para conseguir solamente la identificación de un grupo determinado de receptores con un emisor.

— La información se desplaza por comunicaciones que no eliminan la ignorancia, porque estas comunicaciones no pueden reducirse; o no concuerdan en absoluto con las capacidades y posibilidades de los receptores, por no afectar su espacio y sus representaciones comunicativas.

El análisis de estas cinco políticas de información que acabamos de transcribir significa, para Pross, un análisis muy claro de las distintas formas de violencia simbólica a través de los medios de comunicación. Las emisiones informativas aportan algo importante al dejar traslucir, en cierto modo, la jerarquía de valores del orden básico, que representan y una posibilidad de conocimiento de sus intérpretes.

Está claro que donde se reúnen problemas de comunicación y de violencia simbólica es en las emisiones de televisión. Sobre ello se han producido miles de estudios tratando de demostrar los efectos de la exposición a la

misma sobre los comportamientos de las personas que reciben su mensaje. En algún otro lugar nos hemos preocupado de ello en relación con el problema de la pornografía (23). Sin entrar muy a fondo en el tema, consideramos oportuno aludir a algunos de los trabajos realizados en esta dirección.

El National Mental Hygiene Institute, en informe a la Comisión Asesora sobre televisión y conducta, hace notar que alrededor de 2.500 publicaciones han aparecido entre 1972 y 1982 en relación con la posibilidad de la influencia ejercida por la televisión en el comportamiento general de las personas. Muchas de éstas conciernen con la posibilidad de que la exposición a la violencia televisiva pueda conducir a comportamientos agresivos o violentos por parte de los telespectadores. Gran parte de los autores confirman el hallazgo de una relación causal entre la violencia televisiva y el ulterior comportamiento agresivo. Sin embargo, un importante trabajo de Messner (24) llega a conclusiones más matizadas que aconsejan seguirlo más de cerca, porque entra en contradicción bastante seria con el sentir general y se asienta sobre una serie de observaciones muy sugestivas.

El citado autor examinó la relación entre niveles de exposición a la televisión violenta y la tasa de crímenes violentos para grandes muestras de población y colectividades. Los resultados de una serie de análisis de series cruzadas de variantes no dan soporte ni consistencia a las hipótesis, hasta la fecha aceptadas, al parecer de una forma demasiado simple.

Contrariamente a lo expresado hasta la fecha, los niveles de los conjuntos expuestos a la televisión están consistentemente relacionados a tasas de crímenes violentos en una dirección inversa. Los análisis basados sobre diferentes especificaciones y alternativas con las medidas de exposición a televisión, producen todos resultados similares, lo que lleva al autor a sugerir que la aproximación al problema a través de la teoría de la «subcultura criminal» y las actividades de rutina ofrece explicaciones posibles para estos hallazgos.

La Comisión Nacional, antes citada, ha concluido que casi todo el mundo de los Estados Unidos tiene abierta la televisión siete horas al día, y esto justifica que sea un punto de controversia y de debate público en la sociedad americana. Para muchos críticos el espectáculo de la violencia es una causa de las más importantes capaces de producir enfermedades en la sociedad, lo cual justificaría alguna especie de censura del contenido de las emisiones de televisión. Pero el problema es discriminar si la violencia televisiva es una causa importante no simplemente de agresión, sino de *violencia criminal*.

(23) DE LA QUINTANA, P.: «Pornografía y violencia». *Anales de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas*, n.º 60, 1984.

(24) MESSNER, S. F.: «Television violence and violent crime: An aggregate analysis». *Social Problems*, vol. 33, n.º 3, febrero, 1986.

Los psicólogos sociales tienen tendencia a realizar experiencias a bajo nivel sin recurrir a los grandes conjuntos. Hennigan y col. (25) utilizan también datos de conjunto para establecer el impacto de la televisión sobre distintos tipos de crímenes. Examinadas tasas de crimen antes y después de la introducción de la televisión para una muestra de comunidades americanas, de manera sorpresiva observan un aumento en las tasas de hurtos y robos, pero no perciben cambios significativos en las tasas de crímenes violentos. Durante los primeros años de la televisión, la violencia aparecía menos frecuentemente que en las películas realistas de hoy día.

El esfuerzo más importante en la utilización de datos sobre conjuntos para evaluar el impacto sobre comportamientos antisociales, incluyendo la violencia criminal, es el realizado por Philips (26). Su investigación sobre la relación existente entre la publicidad que rodea los premios de los combates de pesos pesados y el número total de homicidios en Estados Unidos demuestra el aumento de éstos alrededor de tres días después de celebrado el campeonato, fechas en que los noticiarios hacen la mayor publicidad de la violencia en la televisión, produciendo un alto nivel de violencia criminal en la vida real.

Desde el punto de vista teórico los psicólogos sociales han identificado varios procesos que podían producir una relación positiva entre media violencia y conducta agresiva, apoyándose en los dogmas de la teoría del aprendizaje. Los individuos aprenden a comportarse agresivamente al observar el comportamiento de otros. Así, grandes exposiciones a la televisión violenta proveerían de modelos violentos de conducta, aumentando las probabilidades de comportamientos violentos, incluyendo la violencia criminal.

Otro proceso psicológico que se ha ligado a la violencia en la televisión es la «desensibilización». Las investigaciones indican que los niños que han sido expuestos a representaciones de violencia la aceptan en mayor proporción y se hacen más insensibles frente a ella.

También, según la teoría de la desinhibición, las personas que son inhibidas por experiencias de socialización para la expresión de impulsos agresivos, se rompe esta inhibición cuando los individuos están expuestos a una fuerte cantidad de comportamientos violentos. Sobre esas bases teóricas se da por hecho la impregnación de comportamientos violentos por la contemplación de actos violentos, sean sucedidos en la realidad o mediante representaciones.

(25) HENNIGAN, K. y col.: «Impact of television on crime in the United States: Empirical finding and theoretical implications». *Journal of Personality and Social Psychology*, 42: 461, 1982.

(26) PHILIPS, D.: «The impact of mass media violence on U.S. Homicides». *American Sociological Review*, 48: 560, 1983.

Los resultados estadísticos que nos ofrece Messner aparecen contradictorios con todo lo que realmente puede esperarse. Esto requiere explicaciones que aún no han sido completamente facilitadas. Una de las cuestiones que suscita es en qué medida se enfocan los niveles de exposición para la población total, en la que se incluyen segmentos de la población que no es probable estén implicados en la clase de conducta sometida a investigación. Por esto parece conveniente examinar niveles de exposición para diferentes subsecciones de población con un especial alto riesgo de implicación en crímenes violentos.

Los datos aprovechables permiten la construcción de un índice de exposición a la televisión violenta por una población de particular alto riesgo; a saber, varones de dieciocho a treinta y cuatro años. Un índice de exposición a la violencia para este grupo fue construido en forma similar a como se hizo para el índice general. El nuevo índice representa el tamaño relativo promedio de la población de varones comprendidos entre dieciocho y treinta y cuatro años, contemplando programas violentos seleccionados durante el período en consideración. Ninguna de estas experiencias ha dado resultados claros. La cuestión es si estos hallazgos pueden ser colocados dentro de un contexto teórico significativo. ¿Por qué altos niveles de exposición a la televisión violenta estarían asociados con bajas tasas de violencia criminal?

Los resultados de Messner, naturalmente no son definitivos y, en todo caso, se refieren o tratan de referirse a la violencia criminal, sin que se haya medido con rigor la presencia de un aumento del número de actos violentos que, sin llegar a la criminalidad, dificultan la convivencia y crean estados de hostilidad que justifican pequeñas o grandes explosiones de cólera o cualquier otro tipo de exaltación de pasiones que pueden condicionar comportamientos ulteriores.

Howitt y Cumberbatch (27) observan que la televisión no es la clase de medio que provoca asociaciones frecuentes con delincuentes o criminales. El contemplar la televisión piensan que es una actividad largamente recluida en el hogar y, que por consiguiente, conserva en casa para su contemplación a mucha juventud, decreciendo las oportunidades de socializarse dentro de subculturas criminales y por este mecanismo puede contribuir a reducir las posibilidades de dichos comportamientos criminales. Otros autores, como Cohen y Felson, confirman en cierto modo esta teoría, pensando que se producen con la televisión «actividades de rutina» centradas alrededor del hogar y de la familia, lo que implica un descenso de riesgo de victimación criminal. Podrá tener otros muchos inconvenientes por reducir sectores importantes

(27) HOWITT, D., y CUMBERBATCH, G.: «Mass media, Violence and Society». New York: Wiley, 1975.

de los componentes de la personalidad a una situación pasiva, pero gran parte del tiempo consumido se produce en un ambiente de escasas probabilidades de victimación criminal.

Analizar las causas y los procesos que conducen a manifestaciones de violencia e intentar a su vez penetrar en el amplísimo campo de las consecuencias de la misma, requeriría unas dimensiones que no es oportuno abordar en una deliberación sobre el tema general de la violencia, pero sí podemos fijar a grandes rasgos algunas de las ideas y sugerencias que han sido aportadas por distintas instituciones y países sobre estos temas.

Queremos hacer mención especial del informe emitido por el Comité Francés, presidido por Alain Peyrefitte, bajo el título de «Respuesta a la violencia» (28), publicado en 1977, en donde se recoge una documentación importante que puede no reflejar la situación actual por haber sido redactado hace algunos años, naturalmente con datos franceses. Nos empieza por declarar que el crecimiento de la violencia ha sido espectacular desde 1967 a 1976 y que esta violencia se concentra cada vez más en las grandes ciudades, refiriéndose a la violencia criminal a la que se añade una *violencia ordinaria* «como si la vida ella misma hubiera llegado a ser violenta en sí», creyendo que una nueva agresividad marca las relaciones personales y sociales.

Un sentimiento de inseguridad general ha hecho su aparición, y de ello padecemos igualmente en nuestro país, haciendo latir en el fondo de la sociedad el deseo de ejercer la justicia por su mano.

La violencia, como hemos visto anteriormente, ha acompañado siempre a nuestra especie. Pero parecía presumible que el desarrollo de la cultura y el progreso humano hubieran sido capaces de detener su crecimiento. Los hechos vienen a demostrarnos que no es así. La realidad parece mostrarnos que el progreso de la violencia está en relación con la complejificación de la vida y de la sociedad.

En otro lugar del informe francés al que acabamos de aludir se asegura que nada es más relativo, más cambiante y más diverso que la violencia. Nosotros añadiríamos que su previsibilidad es muy relativa, ya que hay una violencia gratuita que no tiene otro objeto que la satisfacción que da a sus autores. La violencia que se manifiesta es un «paso al acto», por lo general de estados o situaciones que conducen a ella, pero no hay que olvidar que supone un ataque a normas aceptadas y, al mismo tiempo, es necesario tener presente que, si bien la violencia implica a menudo el uso de la fuerza, todo recurso a la fuerza no es una violencia.

(28) ALAIN PEYREFITTE: «Reponses a la violence». *Documentation Française et Presses Pocket*, 1977.

La agresividad es la disposición a atacar a otro, pero toda agresividad no se traduce en violencia merced al complejo orden de inhibiciones posibles. Es el abuso de la fuerza lo que la caracteriza.

El Comité Francés admite como hilo conductor el sentimiento de inseguridad, centrándolo en el análisis de este fenómeno los comportamientos de violencia que a su vez dan lugar a este sentimiento de inseguridad. Se acepta, como es natural, en primer término la criminalidad y la delincuencia, pero también las violencias económicas y las producidas en el mundo del trabajo, si bien admiten que este sentimiento de inseguridad y de temor es un fenómeno psíquico que se ha repetido muchas veces en la historia y por él se ha llegado a la explosión, en algunas épocas del milenarismo, capaz de aterrorizar a grandes sectores de población.

Efectivamente si se tienen en cuenta los fenómenos bélicos y revolucionarios, la violencia tiene momentos agudísimos, como desgraciadamente ha experimentado nuestra generación en España. Pero en el caso de nuestro país, después de pasados los momentos más explosivos, sigue progresando implacablemente un sentimiento de inseguridad y temor, justificado por el aumento constante de la delincuencia común, acompañada de un terrorismo eficaz en sus acciones e implacable en su prosecución activa, al parecer sin elementos legales y fuerzas suficientes capaces de ponerle freno por parte del Estado. El sentimiento de indefensión cunde de manera progresiva e indudablemente sobre la triste realidad se inserta un contagio mental importante, frente al cual no siempre proceden los medios de comunicación de masas y, en particular, determinado tipo de prensa con el cuidado que las circunstancias requieren. La violencia crea un estado emocional que hace aumentar el sentimiento de temor y que, a su vez, es capaz de acrecentar los actos de violencia relativa en una peligrosa espiral que asciende obstinadamente. La juventud sigue ostentando, aparte de su gran contribución a la delincuencia, formas específicas y sentimientos de rebeldía traducidos en actos arbitrarios de violencia gratuita. Este clima de violencia espontánea impregna el ambiente y crea el clima apropiado para la acción de los grupos organizados que están integrados disciplinadamente en bandas agresivas y criminales. Los años 60 fueron testigos de la violencia de los campus universitarios norteamericanos, que naturalmente rebasaban estos campus y se hacían dueños de calles y suburbios. Es el tipo de violencia arbitraria que sociológicamente creó el desconcierto en la gente *bien pensante*. Sobre aquel tipo de violencia juvenil y arbitraria aparecieron en la pantalla obras maestras, como «La naranja mecánica», en la que se torturan ancianos y se viola con humillación innecesaria a las víctimas.

A medida que aumenta la densidad del medio urbano crece un senti-

miento de angustia colectiva, con una representación general de la sociedad actual como peligrosa y hostil. Esto ejerce una gran capacidad de crear situaciones tensivas en las que el sentimiento de inseguridad engendra inhibiciones, aislamiento y aumento de la soledad en las personas de edad o en aquellas que padecen determinadas incapacidades que les hacen sentirse más minusválidos de lo que en realidad son. La percepción de estos estados se hace imprecisa y fragmentada.

La criminalidad avanza paralelamente en gran número de países, aunque su modalidad y manifestaciones es distinta de unos a otros, dependiendo de características culturales, tecnológicas, raciales y sociológicas. El análisis de las grandes variables que condicionan las distintas formas de violencia nos llevaría muy lejos y mucho más las posibilidades y medios con qué hacer frente a ellas. Esto se planteó hace muchos siglos cuando Cicerón, en su famosa carta a su amigo Casio, preguntaba: «¿Qué se podría hacer contra la violencia sin violencia?»

Es preciso trasladarse a los primeros siglos del cristianismo para intentar una contestación a esta pregunta mediante la oferta generosa del martirio, pero también la violencia es aludida en el huerto de Getsemani cuando Jesús dice: «Todo el que toma la espada morirá por la espada.»

El problema es gravísimo y está unido de manera trascendente al ser de la naturaleza humana, en la cual es legítima la defensa. La sociedad tiene la obligación de defenderse, y, dentro del ejercicio de la más laudable caridad, tiene también derecho a exigir que el ejercicio de la justicia sea lo suficientemente eficaz para permitir que la vida en libertad del ciudadano no sea una declaración teórica y engañosa, sino real y efectiva.

Decididamente no hemos planteado en ningún momento el problema del terrorismo político, que, sin embargo, requiere un interés urgente en la desgraciada situación a que está llevando a nuestro país. Esperemos tratarlo en otra ocasión.